56

NUEVO ROMANCE, EN QUE SE DECLARA LOS TEmerarios arrojos, que hizo un Catalan, llamado Ramon Guardiola, natural de la Villa de Valls.

SUspenda Febo su curso,
detenga su buelo el ave,
mientras que de mi valor
todas mis hazañas cante;
pues siendo rayo espantoso
de los Montes Catalanes,
no es bien se dexe en silencio,
de el trueno el fuego intratable.
Ramon Guardiola es mi nombre,
nací en Valls, Villa admirable,
una de las que mantiene
Cataluña en sus edades,
tan altivo en mis principios,
tan sobervio quando infante,
que de todas mis injurias
siempre procuré vengarme.
Con paternales cariños
me iban criando mis padres,
à fin de ver si lo altivo
su amor podia templarme.
Referir de mis niñeces
las indecentes maldades,
será una cuenta sin cuento,
al buen discurrir se pasen.
Apenas tuve tres lustros,
quando ciñendo mi alfange,
guarnecido de pistolas
me salí al campo una tarde,
donde encontré divertido,
penetrando unos jarales
de el Corregidor de Vique
un Sobrino, à quien por darle
noticia de mis alientos,
llegué soberbio à picarle,
tratandole ignominioso;
y él mirando despreciarse,
metió mano contra mi;
yo, viendo seguro el lance,
determiné defenderme,
y à los primeros combates
cayó muerto de una estocada,
Dios se sirva perdonarle.
La gente que le servia
procuró luego apresarme;
mas yo, que en colera, y rabia
brotaba inmensos bolcanes,
à el soplo de una pistola,
qual relampago brillante,
dí con los tres en el suelo;
y aunque quisieron rodearme
los demás, les cortó el buelo
de otra pistola el bagage,
pues murieron otros dos,
y huyeron los seis restantes.
Viendo tan terrible accion,
determiné retirarme
à casa, donde contando
aquestas hazañas à mis padres,

quisieron darme el castigo;
mas yo qual fiera indomable,
les mal herí, y tomando
quanto puede, el ausentarme
de mi Patria fué forzoso.
Salime, al fin, del Village,
caminando por incultas
sendas, y desiertos valles,
hasta que en medio de un monte,
dí con nueve personages,
de aquellos que se mantienen
de robar à quantos pasan.
La vida, ò bolsa me piden;
mas yo sacando mi sable,
tan valiente me defiendo,
que hiriendo quatro parciales,
me aclamaron los demás
su Capitan, y al notarme
tan victorioso, las armas
puse à sus pies; y constante
juré defender sus vidas,
hasta derramar mi sangre.
Un bruto Andaluz me alargan,
con armas las muy bastantes,
con que qual Neron sobervio,
puse freno à lo cobarde,
dando rienda à lo animoso,
sin tener temor à nadie;
y estando en esta espereza,
vimos pasar vigilantes
una tropa de Soldados,
con cinco, ò seis Capitanes.
Viendo tan buena ocasion,
quales piratas del ayre,
prevenidos de pistolas
dispusimos el robarles.
Encaramonos con ellos
y à los primeros combates
dimos con ocho en el suelo,
que sobervios, y arrogantes
procuraron defenderse,
mas no les ha sido facil;
y los otros al estruendo
de tan recios uracanes,
amedrentados huyeron
todos por distintas partes.
Quitamosles seis mil pesos,
una espada, y tres puñales,
con tres Andaluces potros,
que eran por lo muy galanes,
partos del liquido Betis,
nacidos de sus cristales.
Llegamos ácia Tortosa,
en cuyo recinto grande
dimos con un Religioso,
que iba no sé de que parte
de cobrar algunas rentas;
y apenas à rodearle
llegamos, quando queriendo
defenderse el triste Frayle,
cayó de un balazo muerto,
Dios le tenga de su parte.
Quitamosle cien doblones,
y mas de siete mil reales
en vellon de calderilla,
llegando yo à despojarle
del Habito que traía,
con cuya presa triunfantes
pasamos à Andalucía,
que es de valientes la madre;
y vestido de aquel saco,
con diferentes disfraces
entramos dentro en Sevilla,
donde sin temor de nadie
me entraba dentro en las casas,
y adquiriendo yo las llaves,
mataba y robaba aun tiempo,
tan civil, como arrogante.
Alli forzamos doncellas,
matamos à cinco Frayles,
robamos ocho Conventos,
despreciando inmunidades.
Aun no apagamos lo ardiente
de nuestra sed insaciable
con tanta copia de muertes,
tanta derramada sangre;
por cuyos hechos atroces,
dispuso muy vigilante
el Asistente à buscar
la causa de tantos males:
y yendo una noche todos
de Genova por la calle,
dió con nosotros la Ronda;
y al llegar à preguntarme,
quien va? le dí la respuesta
al són de un trabuco grande,
que vomitando centellas,
era infernal Girifalte,
con cuyo trueno cayeron
muertos dos, ò tres Alcaldes,
matando mis compañeros
en el sangriento debate
seis corchetes malandrines,
Dios, por quien es, los ampare.
Y recelando el peligro,
nos pasamos al instante
à la gran Sierra Morena,
en cuyos asperos valles
dimos con un Cavallero,
que de la Corte, del grande
Felipe Quinto, pasaba
con cierta moneda à Cadiz.
Quitamosle mil doblones,
una escopeta, y un sable,
dexandole maniatado
como lo parió su madre,
en una encina del monte.
Pasamos mas adelante,
donde hallamos que pasaba
de Gibraltar al combate
un Esquadron de cinquenta
Soldados muy arrogantes,
que conducian los sueldos
de su gente, en cuyo trance
prevenidos de valor,
quales Planetas de Marte,
bolsa, ò vida les pedimos;
y ellos, con furor notable,
echando mano à las armas,
se defienden liberales,
fuego escupiendo entre plomo,
plomo vibrando en bolcanes;
pero al estruendo animado
de nuestro altivo corage,
matamos (cosa notable!)
vente y tres hombres de ellos,
sin contarse los heridos;
los demás huyen cobardes,
dexandonos libres dueños
de la presa, que era grande;
pues sesenta mil escudos
hallamos en los bagages.
Con aquesta presa en fin
nos pasamos muy triunfantes
para el Reyno de Navarra,
cruzando incultos jarales;
y junto à Pamplona dimos
con un famoso Mercante,
que à cierta feria marchaba
con un lindo carruage;
y embistiendo con él todos,
por mas que quiso evitarse,
cayó muerto, y otros cinco
que procuraron vengarse;
con que dueños de su hacienda
quedamos en este trance.
Tuvo soplo la Justicia,
y noticiosos del lance,
me salí con mis parciales
à los Pirineos, donde
viendome un dia sin blanca,
resolvimos el partirnos
ázia la gran Barcelona,
cuyos muros formidables
son tolerancia del tiempo,
resistencia de los mares;
y oculto entre unas montañas
con resolucion notable
embié un villete à un Señor
en Barcelona habitante,
à fin de que me embiára
tres, ò quatro mil reales,
y apenas vió el Cavallero,
los rasgos de mi lenguage,
no dilató el remitirme
lo que llegué à suplicarle.
Y viendo quan bien salia
de este, y otros muchos lançes,
tuve por vicio embiar
papeles à todas partes;

pues aquel que no me embiaba,
podia de mi guardarse,
que procuraba su muerte
sin un punto dilatarme.
Tuvo noticia el Virrey
de tantas atrocidades,
el qual mandó publicár,
que aquel que me aprisionase,
ò me matase, daría
una cantidad muy gande
de moneda; y el Veguer
codicioso al punto sale
con quatro cientos Soldados
à prenderme, ò à matarme.
Yo, noticioso, temiendo
un peligro semejante,
determiné ázia Navarra
nuevamente retirarme,
en cuyos espesos montes
llegaron à darme alcance
la Justicia, y el Veguer;
mas yo con todos mis leales
amigos, y camaradas,
me defendí tan pujante,
que à no tomarme la espada
la Justicia formidable
de Pamplona, era imposible
que pudieran sujetarme.
En fin, como Leon sangriento,
con cinco heridas mortales
aun arrestrado en la tierra,
maté contrarios bastantes.
Murieron mis nueve amigos,
y viendo, que no era facil
escapar ya de sus garras,
luego me dí, y por ser tarde
me llevaron à Pamplona;
y al dia siguiente triunfantes
à Barcelona me llevan,
y en su temida Real Carcel
me ponen bien enjoyado
de eslabones de diamantes.
Esto confesó Ramon
à los templados compases
del tormento; y el Virrey
viendo insolencias tan grandes,
substanciandole las causas,
dió por final le sacasen,
y en un publico cadahalso
luego le desquartizasen;
cortaronle las orejas,
narices, y manos antes;
para escarmiento de tantos;
quien tal hace, que tal pague.
Metieronle en la Capilla,
y à los tres dias cabales,
que à diez y nueve de Junio
contaron los circunstantes,
de este año de veinte y ocho,
le sacaron por las calles
al destemplado compás
de sordinas, y de parches,
publicando en las esquinas
su sentencia lamentable.
Con él llegan al suplicio,
donde por mas afrentarle,
presente estuvo quatro horas,
bien que para él muy afables,
pues las distribuyó en actos
de amor de Dios muy amante.
Y al cabo de las quatro horas
executó vigilante
esta horrorosa sentencia
el Verdugo, y por la tarde
le ponen por los caminos
dividido en quatro partes;
y la cabeza pusieron,
para su mayor ultrage,
en la puerta de Castilla,
porque quantos la mirasen,
vean en lo que pararon
sus ciegas temeridades.
Escarmentad, pecadores,
ea, à la enmienda, mortales,
pidamos à Dios nos libre
de peligros semejantes;
porque viviendo en su gracia,
quando esta vida se acabe,
consigamos en su Gloria
las delicias celestiales. FIN.